

EL BÚHO Y LA SERPIENTE

Ensayos sobre la filosofía en México
en el siglo XX

Guillermo Hurtado



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México, 2007

FILOSOFÍA EN MÉXICO Y FILOSOFÍA MEXICANA

¿Existe la filosofía mexicana?

Si la pregunta es si existen y han existido en México individuos dedicados a estudiar, enseñar y escribir filosofía, y si existen y han existido instituciones en las cuales se lleven a cabo dichas prácticas, la respuesta es obvia: existe la filosofía en México, por lo menos desde el siglo XVI. Pero si lo que se inquiera es si existen propuestas filosóficas originalmente mexicanas, escuelas o estilos filosóficos nativos, comunidades de discusión que giren en torno a ideas planteadas por filósofos de nuestro país, etcétera, la respuesta deja de ser obvia. Sospecho que no pocos de los interrogados responderían que no existe la filosofía mexicana. Supongamos que esto sea verdad, ¿debería, entonces, existir?

Se ha respondido que no es necesario que haya una filosofía mexicana ya que la filosofía es universal, como la ciencia, que no tiene patria ni apellido. Además, se suele añadir, no tiene que existir una filosofía mexicana para que hagamos en México filosofía de calidad. Esto es lo que han creído casi todos aquellos que se han propuesto *modernizar* la actividad filosófica nacional para que esté al nivel de la que se realiza en los grandes centros mundiales de producción filosófica. La idea es que el filósofo mexicano debe ser reconocido no por ser mexicano sino por ser un buen filósofo, por hacer filosofía de calidad de acuerdo con criterios aceptados internacionalmente. Lo mismo, se dice, sucede con los científicos o los artistas mexicanos: son buenos o malos y punto; que sean mexicanos es lo de menos. Lo que México necesita es buena filosofía, aun-

que no sea mexicana. Es la primera y no necesariamente la segunda la que le hará un servicio a la cultura nacional.

Yo pienso, por el contrario, que la filosofía en México padece de algunos problemas serios que son una consecuencia de que no exista una filosofía mexicana y, por ello, creo que es indispensable hacer un esfuerzo colectivo para remediar esta situación. México, me atrevería a sostener, no sólo requiere buenos filósofos, necesita además buenos filósofos mexicanos. Ellos son los que pueden dar un mayor servicio a la cultura nacional y, por añadidura, a la cultura universal.

¿Qué entender por la filosofía mexicana?

La filosofía mexicana, para que en verdad lo sea, ha de partir de una reflexión acerca de su realidad, o que se origine en ella. Esta realidad es, muchas veces y en muchas dimensiones, la misma que la de otros seres humanos. Hoy en día se repite hasta el cansancio que los problemas más serios de la humanidad tienen una dimensión global; pensemos, por ejemplo, en la pobreza o en la destrucción del medio ambiente. Pero no olvidemos que esto siempre ha sido así con los problemas filosóficos de mayor abolengo. Los seres humanos siempre se han preguntado acerca del sentido de la vida, de qué es el bien, de si hay algo que pueda conocerse con certeza, de cuál es la mejor forma de gobierno. Sin embargo, cómo se han planteado estos problemas y, sobre todo, cómo se les ha dado respuesta, ha variado siempre de acuerdo con las circunstancias.

La posición que defiendo no depende de una epistemología o de una metafísica historicista o perspectivista (como las de Ortega, Ramos, Gaos o Zea), sino que se basa en una descripción de las prácticas dialógicas en las cuales se genera la filosofía. En otras palabras, mi posición es metafilosófica (*vid.* capítulo uno, *supra*). Se puede sostener que las ideas filosóficas se alimentan de su contexto de discusión, sin tener que aceptar que son *relativas* a él, es decir, que és-

tas no pueden acceder a cierto tipo de verdades por encima de aquel contexto.¹

Un filósofo mexicano puede hacer suyas las preguntas que se planteaban Platón o Kant. Pero sería absurdo que filosofara como si fuese un contemporáneo de ellos. Hacer nuestras las preguntas de Platón y Kant significa adoptarlas desde nuestra circunstancia. Y eso fue lo que ellos hicieron respecto a las doctrinas filosóficas que heredaron de sus maestros. Los grandes filósofos siempre han tomado en cuenta su circunstancia para formular las preguntas y las respuestas en las que fundaron sus sistemas, y esto incluye no sólo su contexto histórico, sino su entorno cultural e incluso —esto no es menos importante— su condición personal, vivencial. Para que vayamos más allá de la mera repetición de los filósofos extranjeros, para que a partir de ellos hagamos nuestra propia filosofía, tenemos que repensar lo leído a la luz de nuestra circunstancia, es decir, hacer filosofía como mexicanos.²

Pero no basta prestar atención a la circunstancia para tener una filosofía mexicana. Quien pretenda hacer filosofía por su cuenta y no sólo repetir como loro lo que han dicho otros filósofos, vivos o muertos, ha de plantearse preguntas filosóficas de manera *original*. Pero, ¿qué entender por originalidad filosófica?

A mí me parece que la originalidad depende, en una primera instancia, de su *originariedad*, i.e. del hecho de que se origine en aquel que la plantea.³ En una segunda instancia, depende de que lo pensado *contribuya* en algo a una discusión. La originalidad de un pensamiento filosófico debe juzgarse en el contexto de diálogo es-

¹ He desarrollado con mayor extensión esta concepción de la filosofía en mi ensayo "El diálogo de las filosofías".

² Así lo expresaba Samuel Ramos hace más de setenta años: "He querido, desde hace tiempo, hacer comprender que el único punto de vista justo en México es pensar como mexicanos. (...) con frecuencia pensamos como si fuéramos extranjeros, desde un punto de vista que no es el sitio en el que espiritual y materialmente estamos colocados." *El perfil del hombre y la cultura en México*, p. 135.

³ Sobre el concepto de *originariedad* y su relación con el de originalidad, véase Ernesto Mayz Vallenilla, *El problema de América*.

pecífico, y es en ese contexto que tiene que ser *ampliativo*, no repetitivo. Quiero aclarar que, así entendida, la originalidad de un planteamiento filosófico no siempre equivale a su novedad, su peculiaridad o su rareza. Puede haber pensamiento originario y ampliativo que no sea del todo novedoso o peculiar o raro.⁴

Lo que sí considero que es una condición del pensamiento original es su *solidez*, y con esto quiero decir que su contribución a la discusión no sea débil o efímera, sino que permita, en efecto, que ésta avance hacia algún lado. También soy de la opinión de que el rigor y la claridad ayudan mucho a que el pensamiento sea sólido. No hay, por lo tanto, contradicción alguna entre los proyectos modernizadores, como el de la filosofía analítica, que han preconizado el rigor y la claridad, y el proyecto de construir una filosofía mexicana.⁵

En resumen: para tener una filosofía mexicana debemos trabajar para que la filosofía que se hace en México sea originaria, ampliativa y sólida (y, de preferencia, rigurosa y clara).

Hay que precisar que la originalidad así entendida no se restringe a una cualidad del pensamiento individual, sino que también puede serlo del pensamiento de una colectividad. En este caso, es la discusión misma la que se vuelve original, más allá de las aportaciones de este o de aquel individuo.

Podría pensarse que la cultura mexicana llegó muy tarde a la filosofía para producir una filosofía originaria o ampliativa. Yo no lo creo. La originalidad radical de los antiguos griegos consistió, según Heidegger, en la formulación de preguntas nunca antes plan-

⁴ Mi concepción de la originalidad se distingue de las de José Gaos (cfr. *En torno a la filosofía mexicana*) y Augusto Salazar Bondy (cfr. *¿Existe una filosofía de nuestra América?*). Para ellos, la originalidad siempre implica *novedad*. Para una clasificación de diversos tipos de originalidad entendida como una contribución a la discusión, vid. Maite Ezcurdia, "Originalidad y presencia".

⁵ Luis Villoro nos ha mostrado que la filosofía rigurosa no sólo puede ser auténtica e incluso liberadora, sino que para que sea *efectivamente* liberadora y auténtica debe ser también rigurosa. (Cfr. Luis Villoro, "Leopoldo Zea: la posibilidad de una filosofía latinoamericana".)

teadas. Pero después de los griegos podemos hablar —por dar dos ejemplos cualesquiera— de la originalidad de la escolástica jesuita o del pragmatismo norteamericano. Los jesuitas y los pragmatistas fueron originales porque plantearon preguntas —viejas y nuevas— desde el crisol de sus circunstancias. En ambos casos encontramos rupturas con filosofías previas, pero también una recuperación de ellas, una reformulación de viejos problemas en un nuevo lenguaje. De igual modo, la filosofía mexicana no tiene por qué tratar de inventar el hilo negro o de ocuparse exclusivamente de nuestras peculiaridades, sino que puede ser tan universal como cualquier otra y debe aspirar a ello, pero para llegar a la universalidad buscada debe comenzar por una reflexión honda y genuina que parta de su circunstancia cultural e histórica, y que además contribuya a la discusión filosófica ya existente de una manera original y sólida.⁶

Condiciones para el desarrollo de la filosofía mexicana

No basta con la creación de filosofía original para que exista una filosofía mexicana. Se requiere, además, del funcionamiento de prácticas e instituciones que generen y sustenten (diálogos) críticos y rigurosos y, sobre todo, que preserven la memoria y fomenten la renovación de dichos diálogos a lo largo del tiempo en la forma de tradiciones filosóficas propias. Sin nada de esto, el pensamiento filosófico mexicano original, por bueno que sea, quedará limitado a la labor efímera de unos pocos individuos aislados. Se han equivocado, por lo tanto, quienes han pensado que el proyecto de normalización —para usar el feo término de Francisco Romero— de la filosofía mexicana consiste únicamente en formar filósofos mexi-

⁶ En 1942, en su ensayo "En torno a una filosofía americana", Zea veía con claridad que la consideración de los problemas universales no puede prescindir de la conciencia de nuestra propia circunstancia y viceversa, la consideración de los problemas de nuestra circunstancia tampoco puede tratarse a fondo sin considerar su dimensión universal.

canos que hagan filosofía profesional, original, sólida, rigurosa, etcétera. Por importante e indispensable que sea, eso es sólo una parte del proyecto que deberíamos plantearnos. Sin la creación de diálogos y de comunidades sólidas, no sólo no tendremos una genuina filosofía mexicana, sino que ni siquiera tendremos una buena filosofía en México (*vid.*, capítulo uno, *supra*).

Podría responderse que los buenos filósofos mexicanos pueden encontrar en el extranjero los elementos que precisan para su desarrollo, y que, gracias a ello, es posible que hagan filosofía de muy alto nivel sin tener el respaldo de comunidades o tradiciones filosóficas propias. El caso de los filósofos analíticos mexicanos es paradigmático, y diré algo sobre él ya que lo conozco de cerca. Algunos de ellos consideran que su bienestar filosófico está en función del grado de incorporación que tengan con los centros de la filosofía analítica en el extranjero. Esta incorporación exige la adopción del inglés como lenguaje filosófico. Y esto abre un hueco entre el idioma en el que el filósofo analítico mexicano piensa que debe hacer filosofía y el idioma en el que la enseña y la difunde en México e incluso con el que dialoga —cuando llega a hacerlo— con sus colegas mexicanos.⁷ Esta situación empuja al filósofo analítico mexicano a emigrar. Si se queda a vivir aquí, aunque publique en inglés y asista con frecuencia a conferencias fuera del país, puede sentir que está en una posición de desventaja, o hasta de marginación.⁸ Y esto que le sucede a los analíticos también les pasa —aunque sea menos evidente, incluso para ellos mismos— a los filósofos mexicanos que pertenecen a otras escuelas que ven en el extranjero su meca intelectual.⁹ }

⁷ Me he ocupado con anterioridad de este asunto, y de otros que trato en este capítulo y el anterior, en mi artículo “¿Tiene sentido la filosofía hispanoamericana?”.

⁸ Esta marginación es resultado, entre otras causas, de la ignorancia que hay en los círculos filosóficos norteamericanos de la filosofía que se hace en México y en América Latina, incluso de la filosofía analítica que se practica en nuestros países. *Vid.* mi “Reseña de la *Routledge Encyclopedia of Philosophy*”.

⁹ Reitero que no propongo el disparate de que dejemos de dialogar con filósofos de otros países. Por el contrario, creo que mientras no exista una genuina filosofía

Lo anterior es inaceptable. No es posible que aún se crea que no existen, ni existirán, las condiciones para que la filosofía hecha en México tenga el mismo valor o relevancia que aquella realizada en otros lados. Algunos dirán que mientras sigamos siendo un país pobre no las podrá haber. En 1932, Vasconcelos se preguntaba: "¿Será posible que nosotros, que no podemos hacer un imperio, no hagamos tampoco Metafísica?"¹⁰ La respuesta es no. Existen ya los elementos para seguir creando una filosofía mexicana. Lo único que falta es que trabajemos seriamente en dicha tarea.

¿Cómo estudiar a la filosofía mexicana?

La elaboración de una filosofía mexicana no puede dejar de lado una recuperación sistemática y crítica de la obra de los principales filósofos mexicanos del pasado. Pero, ¿quiénes son?

Esta pregunta requiere de una respuesta colectiva por parte de los historiadores de la filosofía mexicana. Sin embargo, me atrevería a sostener que deberíamos recuperar la obra de algunos de nuestros filósofos escolásticos más destacados, como Francisco Rubio, y de otras figuras virreinales, como sor Juana Inés de la Cruz. En el siglo XIX también hay muchos autores que no podemos omitir en una historia de nuestro pensamiento filosófico, entre ellos: Francisco Severo Maldonado, José María Luis Mora y Gabino Barreda.¹¹ En el siglo XX tuvimos filósofos sobresalientes cuya obra debe seguir es-

mexicana no habrá, en verdad, dicho diálogo. Y es que lo que tenemos ahora —salvo contadas excepciones— no es un intercambio genuino entre ellos y nosotros. Para que el diálogo exista, para que sea interesante y fructífero para ambas partes, tenemos que proponer algo original; de otra forma, sólo tomaremos notas cuando ellos hablan o, en el mejor de los casos, haremos comentarios apropiados acerca de su discurso.

¹⁰ José Vasconcelos, *Ética*, p. 34.

¹¹ Para un panorama de la filosofía en México en el siglo XIX, véase la obra del equipo de María del Carmen Rovira: *Una aproximación a la historia de las ideas filosóficas en México: siglo XIX y principios del XX*.

tudiándose para preservar sus preocupaciones y desarrollar sus propuestas. Hay en los escritos de Antonio Caso, José Vasconcelos, Samuel Ramos, Leopoldo Zea, Emilio Uranga y Luis Villoro, reflexiones profundas sin las cuales no podría entenderse la historia de nuestras ideas.

Se nos podría recordar que en las clases de historia de la filosofía en México impartidas en todas las escuelas de filosofía del país se enseña a estos autores. Pero me parece que es un error recluir a la filosofía mexicana en un rinconcito del plan de estudios. Lo que habría que hacer es, en la medida de lo posible, de lo justo y de lo sensato, estudiar la filosofía entera desde nuestra perspectiva, desde nuestros autores y desde las discusiones que se susciten entre nosotros. Eso no significa, insisto, que únicamente leamos a nuestros autores e ignoremos a todos los demás. No, lo que propongo es que sea a la luz de aquellos que estudiemos a estos. ¿Acaso no es esto precisamente lo que se hace en otras partes del mundo, como Inglaterra, Francia o Alemania, en donde existen comunidades filosóficas sólidas? Si vamos a enseñar teoría del conocimiento, por ejemplo, podríamos partir de una lectura común de *Creer, saber y conocer*. Algunos epistemólogos mexicanos hemos adoptado este libro como una referencia central de nuestro trabajo.¹² Si se ampliara este círculo, si la discusión fuese permanente y llegase a *todas* las aulas de nuestras escuelas de filosofía, podríamos sentar las bases para el desarrollo de una epistemología mexicana. Y algo similar podría decirse sobre la creación de una hermenéutica mexicana tomando como punto de partida de la discusión al *Tratado de hermenéutica analógica* de Mauricio Beuchot.

Si extendemos la lista de autores y de obras estudiados con el fin de abarcar la filosofía iberoamericana en su conjunto, la labor que propongo podría resultar menos asfixiante para aquellos colegas acos-

¹² Sobre la epistemología de Luis Villoro véase: Ernesto Garzón Valdés y Fernando Salmerón (eds), *Epistemología y cultura. En torno a la obra de Luis Villoro*, y mi artículo "¿Saber sin verdad? Objeciones a un argumento de Villoro".

tumbrados a relacionarse con la filosofía mundial como quien escoge viandas en un menú. No olvidemos que la filosofía mexicana es parte de una filosofía más amplia escrita en español. Hay una estrecha conexión histórica entre la filosofía mexicana y la española. Un filósofo mexicano debe estudiar y adoptar como suyas, por herencia legítima, las obras de los pensadores del Siglo de Oro hispano. Y también debe conocer las de aquellos filósofos españoles más recientes que han dejado huella en el pensamiento mexicano, como José Ortega y Gasset. Por otra parte —y esto es no menos importante— un filósofo mexicano debe reconocerse como hispano-americano, y eso quiere decir que no sólo debe conocer la filosofía que se ha hecho en nuestros países, sino que debe buscar entablar diálogos sobre temas comunes con sus colegas de Argentina, Colombia, Perú, etcétera. Es alentador observar que existen en la actualidad —especialmente entre los miembros de las generaciones más recientes— grupos de discusión integrados por filósofos iberoamericanos. Pero aún falta mucho por hacer.

Algunas rutas de la filosofía mexicana

He dicho que una genuina filosofía mexicana debe partir de una reflexión sobre su propia circunstancia. Antes de acabar mencionaré algunas de las rutas que pueden trazarse entre nuestra realidad y nuestra filosofía.

No es mi intención afirmar que las vías que voy a señalar sean las únicas que deban seguirse, ni las que deban seguirse de manera preferente. La filosofía mexicana puede ocuparse de lo que le plazca. Lo único que pretendo es sugerir algunos senderos que, en mi opinión, pueden ser interesantes o provechosos.

La teología fue en la Nueva España una disciplina ligada a los asuntos más importantes de la vida. Pienso que no deberíamos descuidar en nuestro país el cultivo de la filosofía de la religión —entendida de un modo plural y antidogmático—, sobre todo, para comprender algunas de las motivaciones más profundas de nuestros actos.

Hay una respetable tradición mexicana de reflexión metafísica. Los datos para esta disciplina que se hallan en México son iguales a los que se encuentran en cualquier otra parte; aunque no debemos olvidar —aunque sea por curiosidad— la pretensión de Emilio Uranga de buscar en los modos del ser del mexicano las notas características de la existencia humana. En este caso, conviene tomar en cuenta otras manifestaciones de pensamiento metafísico que hay en nuestra cultura, como las que se vislumbran en algunos poemas de Ramón López Velarde, José Gorostiza y Octavio Paz.

Datos y motivaciones para el cultivo de la epistemología no faltan en un país como el nuestro en el que —para recordar a Ruiz de Alarcón— la verdad suele ser sospechosa. La filosofía puede contribuir enormemente al estudio urgente de cómo creemos, dudamos y sospechamos los mexicanos.

Ligado a lo anterior está el estudio de la manera en la que los mexicanos razonamos y debatimos. La tradición lógica mexicana se extiende desde Alonso de la Vera Cruz y Antonio Rubio hasta la actualidad. La enseñanza de la lógica en el bachillerato debe verse como una tarea indispensable para formar a los ciudadanos de la democracia a la que aspiramos.

Antonio Caso propuso una ética social basada en la caridad (*vid.* capítulo tres, *infra*). Otros filósofos mexicanos, como Luis Villoro y Juliana González, han subrayado de diversas maneras el papel que desempeña el amor —en un sentido amplio del término— en nuestro vínculo con los otros. Pienso que en los tiempos nublados en los que ahora vivimos, ésta es una línea de la filosofía mexicana que convendría ser recuperada.

Muchos mexicanos viven todavía en condiciones inaceptables de miseria, marginación e ignorancia. Nuestra filosofía no puede ignorar este dato doloroso y palmario. Sin olvidar, por supuesto, el tema de cómo hacer justicia a los pueblos indígenas mexicanos.

En este contexto hemos de entender el problema, que venimos cargando desde el siglo XIX, de cuál ha de ser nuestra forma de gobierno, de cómo hemos de organizar nuestra democracia. La fi-

losofía mexicana debe abordar este problema con toda seriedad y rigor.

Una filosofía sobre y para México

He dicho que la filosofía mexicana no debe tratar únicamente de temas mexicanos o que deba poner a éstos por encima de otros. La filosofía mexicana puede ocuparse de cualquier cosa de la que se ocupe la filosofía genuina. Sin embargo, lo anterior no implica que la filosofía mexicana deba renunciar a la aspiración legítima de construir una filosofía *sobre* México y *para* México. Es deseable que la filosofía mexicana *diga algo* a los mexicanos y sea de *utilidad* para ellos.¹³

Para que una filosofía mexicana sea también una filosofía *sobre* y *para* México debe plantearse, a mi modo de ver, tres preguntas fundamentales: *¿qué fuimos?*, *¿qué somos?*, *¿qué queremos ser?*

Estas interrogantes no deben entenderse como un búsqueda de definiciones esenciales, fijas, sino como un afán de comprensión para guiar nuestra acción.

La primera de ellas ha de ser abordada por una *filosofía de la historia de México*. Sobre la historia de México han reflexionado desde la filosofía autores como: Gabino Barreda, Justo Sierra, Antonio Caso, José Vasconcelos, Edmundo O'Gorman, Leopoldo Zea y Luis Villoro. Es preocupante, sin embargo, que hoy en día esa re-

¹³ La idea de que la filosofía mexicana ha de ocuparse de la realidad mexicana y de serle útil, se origina en la obra de Antonio Caso, pero alcanza su formulación más conocida en el ensayo seminal de Leopoldo Zea "La filosofía como compromiso". Yo prefiero hablar de la *utilidad* de la filosofía mexicana para la realidad mexicana, que de su *compromiso* con ella. Esto podría generar la impresión de que mi posición se acerca más al pragmatismo que a la combinación de orteguismo y sartreanismo del Zea de aquel célebre texto. No obstante, quisiera aclarar que aunque, en efecto, mi posición sobre la *función* de la filosofía es cercana a la de los pragmatis-tas, también lo es, y de manera más significativa, a la posición original de Antonio Caso, expuesta en sus libros *Discursos a la nación mexicana* y *El problema de México y la ideología nacional*. (Vid. capítulo tres, *infra*.)

flexión se haya abandonado. Esto habla mal, me parece, no sólo de nuestra filosofía académica, sino del clima intelectual de nuestros días,

La segunda pregunta pertenece a lo que podríamos llamar una *hermenéutica del presente mexicano*. Lo que se pretendería con ello es una comprensión de la actualidad con base en categorías filosóficas propias. La filosofía de lo mexicano de Antonio Caso, Samuel Ramos y Emilio Uranga, fue una manera de llevar a cabo dicho proyecto (*vid.* capítulo cuatro, *infra*). Pero pienso que hoy en día debemos buscar otras maneras de realizarlo, en las que no repitamos los errores filosóficos e ideológicos que ellos pudieron haber cometido.

La tercera pregunta puede entenderse como la manifestación de las *esperanzas sociales de la nación*. En este sentido del término —que ha sido desarrollado por Richard Rorty en relación con los Estados Unidos—¹⁴ podemos decir que la filosofía mexicana debe intentar orientar la conformación continua de la nación mexicana, es decir, sentar las bases para un *proyecto de nación* como algo a realizar por todos de una manera democrática. Al adoptar estas tareas como suyas, la filosofía mexicana estará en la condición de realizar un servicio a la patria que es mucho mayor que el que pueda ofrecerle únicamente la filosofía en México, por buena que ésta sea.

Una filosofía mexicana podría ayudar a disipar el pesimismo que ahora nos agobia, no para hacernos caer en otro optimismo sin sustento,¹⁵ sino para hacernos comprender que todos juntos tenemos la responsabilidad de construir un futuro mejor, y que para ello nos conviene adoptar *ideas que sirvan* para ese propósito.¹⁶

¹⁴ *Vid.* Richard Rorty, *Achieving our country*.

¹⁵ *Cfr.* Emilio Uranga, "Optimismo y pesimismo del mexicano".

¹⁶ *Vid.* Antonio Caso, *El problema de México y la ideología nacional*.